

EL OBSERVADOR.

Boletín.

La acción del gobierno cualquiera que sea su forma debe ser una, como emanada de un solo acto de una sola voluntad, así la unidad es condición precisa de todo gobierno sin mas diferencia que en los gobiernos absolutos, esta unidad es individual, y en los representativos es colectiva. Meternich dirige todos los negocios del Austria, como Richelieu dirigió los de Francia en tiempo de Luis XIII, y Florida Blanca los nuestros en la época de Carlos III, porque ahora en Austria, como entonces en Francia y en España era el gobierno absoluto, y hablando de los representativos son innumerables los casos en que los ministros han hecho su dimisión luego que se han visto en la necesidad de dar un voto contrario al de sus compañeros.

¿Y hay en nuestro ministerio actual esta unidad de principios y de miras? Creemos que ninguno responderá afirmativamente, ni podemos concebir como es que personas familiarizadas con la historia de los cuerpos representativos, personas que con tanto aplauso de sus conciudadanos se han propuesto fijar entre nosotros esta forma de gobierno, ni ven esta divergencia de principios entre ellos mismos, ni conocen que el gobierno será un caos, un verdadero laberinto mientras le falte esta unidad indispensable. En el gobierno representativo hay un ministerio que es un cuerpo: cada ministro es un miembro, ó sea una parte constitutiva de este todo: allá en el secreto de su gabinete teogan en buenhora sus contiendas, manifiesten con libertad sus opiniones, sostengan unos por ejemplo que debe admitirse la intervención armada de nuestros vecinos; contradíganlos otros; empero no salga de allí esta divergencia de pareceres: no la vea el público, y mucho menos no se manifieste en las Cortes, pues cuando del secreto pasa á la publicidad es como un cisma, una herejía política.

Cuando el señor ministro de lo Interior que se hallaba presente á la discusión de la libertad individual reservó su voto, siendo así que dieron el suyo sus compañeros, manifestó con su silencio que no aprobaba la libertad individual. Nada importaba esto como una persona aislada; pero importa mucho como un miembro del ministerio, pues habiendo callado, desaprueba lo que sus compañeros aprobaron, que indica que hay notable diferencia en los principios que rigen al ministerio.

Sin entrar en la discusión de quien tuvo ó no la razón, diremos únicamente que no pudieron tenerla á un tiempo los señores ministros que dieron su voto, y el que le sepultó en el silencio, lo que basta para probar que no se gobierna el ministerio entero por unos mismos axiomas políticos. Supongamos que el señor ministro de la Guerra asistiese á las deliberaciones del Estamento, y pudiese tomar parte en ellas como diputado, ¿quién sabe si su opinión se diferenciaría de la de sus colegas? Quién sabe si se uniría al señor ministro de lo Interior ó á los señores ministros de Estado y de Hacienda, pues no creemos que formase una opinión aislada? Tampoco sabemos lo que harían los señores ministros de Marina y de Gracia y Justicia: tal vez se colocarían en un partido medio entre los de sus compañeros, y en este caso que no es imposible, tendríamos tres opiniones ministeriales, esto es, tres ministerios en uno solo. Esta si que sería una anarquía verdadera y no lo que ve, ó sueña diariamente la Abeja.

Ya sea por un efecto de su propia constitución, ya por conveniencia de costumbre, lo cierto es que los ministros en todo gobierno representativo tienen que ser miembros de las asambleas deliberantes. En Inglaterra un ministro que no sea par no puede asistir á la Cámara de los Lores, aunque sea miembro de la de los Comunes, ni toma asiento en esta aunque sea par, el que no es miembro de ella. En Francia al contrario, los ministros, como sucede entre nosotros, pueden presentarse en ambas cámaras; pero apenas hay ejemplar de que haya asistido á las discusiones un ministro que no sea diputado. Solo nos acordamos de Mr. Vatissienil en tiempo de Martignac, bien que este había sido electo diputado, y no lo fue porque el día de su elección no tenía la edad requerida; pero aunque se pueda citar alguno que otro que no fue diputado el día que entró en el ministerio, estaba seguro de ser elegido en las primeras elecciones. No sucede lo mismo en España. Se han hecho y siguen haciendo nuevas elecciones, ya porque unos han sido nombrados por dos provincias, ya porque otros han hecho dimisión, ya en fin porque no se han aprobado las de otros, y sin embargo no vemos que los nombres de los señores ministros de Gracia y Justicia, de Marina y de la Guerra, ni sean proclamados por el voto electoral, ni siquiera se haga de ellos mención entre los candidatos. El signo de confianza, que es el nombramiento de los electores, es demasiado honorífico para no ser apreciado de los elegidos, y creemos que por elevada que sea la posición de los señores ministros, no se desdenarían de mirar con

estimación esta prueba de la consideración pública, por lo cual no dudamos que si estos señores ministros no disfrutaban de la librea de representar á sus conciudadanos, no depende de su voluntad.

No es bueno, y aun es casi contrario á las leyes y conveniencia de un gobierno representativo, que la mitad del ministerio haya sido olvidado en el voto de los electores, ni este olvido puede provenir sino de que el grado de confianza que tienen en la política de sus gobernantes no les permite fiar de ellos sus intereses.

Bien sabido es que en Inglaterra y en Francia se hace alarde de haber merecido el honor de ser escogido por varias provincias para representante de la nación, y guiados de este principio cuando vemos que de los seis individuos que componen nuestro ministerio, solo tres han sido elegidos (dos de ellos por una sola provincia), inferimos que el gobierno debe estar muy dudoso de la mayoría, y si á esta señal añadimos la consideración de sus propios principios, y la falta de unión que tienen ellos mismos entre sí, veremos que es imposible que la administración marche con la seguridad y firmeza con que debe marchar todo gobierno representativo. Es, pues, indispensable una modificación, ya sea en los principios, ya en las personas del ministerio, porque un cuerpo compuesto de partes tan heterogéneas no puede hacer la felicidad de la nación. En un sistema como el nuestro el faltar la unidad en el ministerio, es lo mismo que carecer de acción y de libertades, es proceder siempre por medidas aisladas, diversas entre sí, independientes y sin ligarse unas á otras.

Y ¿cómo podía ser de otro modo? Examinemos el principio del gabinete actual, recorramos las diferentes fases de la época que acaba de pasar, de esta época en que cada día ha sido un mes ó un año, y en que se ha variado enteramente el aspecto de nuestra política, ¿será posible que aquellos que hicieron parte del ministerio, que dijo, que nada se cambiaria, que la España sería gobernada por el régimen absoluto? ¿Es posible, repetimos, que aquellos que sostuvieron el sistema del despotismo ilustrado, entiendan y defiendan el gobierno representativo contra cuya introducción tanto han trabajado? No es posible. Los partidarios de aquel ministerio no querían cámaras, aunque fuesen de teólogos: los afectos al despotismo ilustrado no pueden adoptar los eternos y verdaderos principios á favor de los cuales votó en una de las últimas sesiones una mayoría tan asombrosa.

Soltemos aquí la pluma: no hablemos mas de esta discrepancia, heterogeneidad ó discordia de principios que no podemos dejar de ver en el ministerio, supuesto que exteriormente se ha manifestado con tan poco respeto al poder real que debe siempre presentarse una, constante y segura. Tal vez no nos faltarán ocasiones de hablar de nuevo sobre este asunto, y entonces acaso también nos estenderemos á demostrar que el lenguaje de la Abeja y su crítica severa respecto al plan de hacienda, nos dan motivo á sospechar que es mayor de lo que se cree la divergencia de opiniones y de miras en el ministerio.

—Cuando nosotros hemos inculcado sobre la necesidad de conservar puro é intacto el principio sagrado de que solo las naciones tienen derecho de imponerse cargas á sí mismas, hemos dicho que de lo contrario era alentar á todo prestamista á que suministrase fondos al primer faccioso que se presentase. Esta verdad va á realizarse ahora, pues según noticias que tenemos de París del 30, la casa de Lepelde de Amsterdam ha contratado con dos agentes de don Carlos un empréstito de 300 millones de reales, que según se nos asegura es garantizado por tres potencias del norte.

Bolsa de París del 30 de agosto.

Cortes 36. Tres por ciento 22, 1/4 Empréstito real 28. Renta perpetua 29.

CORTES GENERALES.

ESTAMENTO DE LOS SEÑORES PROCERES.

SESION DEL DIA 6 DE AGOSTO DE 1834.

Presidencia del Excmo. Sr. duque de Bailen.

Leída el acta de la sesión anterior, manifestó el Excmo. señor marques de las Amarillas, que fue S. E. el autor de la indicación que se atribuye al Excmo. Sr. duque de Rivas, acerca del derecho que se da á los señores Próceres admitidos ya en el Estamento para adherirse por escrito por esta vez á las resoluciones de este día; y contestando el señor duque de Rivas la certeza, se mandó rectificar el acta en esta parte, y quedó aprobada.

Se dió cuenta de un oficio del señor marques de Bellisca, fecha en Valencia á 2 del corriente, en que participa el fallecimiento de su señor padre, ocurrido en 29 del próximo

agosto, para conocimiento del Estamento, del que era Prócer nato, como grande de España de primera clase. Se acordó que dar enterado. Se mandaron pasar á la comisión de examen de documentos los remitidos de de Betanzos por el Excmo. señor don Jacobo Maria de Parga, expresando estar pronto á prestar el juramento supletorio como se le ordena: interin el estado de su salud le permita que se presente al Estamento.

Quedó enterado el Estamento de un oficio del señor conde de Atares, fecha en la villa del Molar, en que participa no permitirle sus dolencias, presentarse á la sesión del 3 como se le prevenia por la cedula que se le remitió.

También quedó enterado del contenido de los siguientes oficios, en que e-presan, el Excmo. señor marques de Castellar desde Lugo haber recibido la circular de 9 de agosto, y no permitirle el estado de su salud presentarse al Estamento; el escelentísimo señor marques de Jura Real, acusa el recibo de la circular desde Barcelona, y espone su falta de salud para excusar su falta de presentación; el Excmo. señor don José García de Leon y Pizarro, que cuando iba á verificar su marcha á esta capital se han agravado sus dolencias, degenerando en una enfermedad dolorosa y larga según los facultativos, que le impide escribir ni ocuparse en nada. El señor marques de Cerralvo, contestando á la invitación que se le hizo para que asistiese á la sesión de 3 del corriente, manifiesta hallarse exento de asistir al Estamento en virtud de órdenes de S. M. como á aquel consta; y últimamente, otro oficio en que el Excmo. señor presidente del consejo de señores ministros participa, que de orden de S. M. la Reina Gobernadora se presentará en este día el Estamento á presentar un proyecto de ley sobre la abolición de la exacción conocida con el nombre de voto de Santiago.

Se leyó la siguiente esposición dirigida por el Excmo. señor duque de Frias.

Excmos. Sres.: La justificación y bondad de S. M. la Reina Gobernadora, al otorgar y mandar guardar y cumplir á nombre de la Reina nuestra Señora el Estatuto real, me ha desquellto la regalía del asiento en Cortes que gozaron mis abuelos como ricos homes de Castilla. Dentro de pocos años van á cumplirse tres siglos que los grandes cesaron de concurrir á las juntas generales de la nación por disposición de la dinastía austriaca. Los muros de Toledo en 1538 oyeron por última vez los ecos de los maguates del reino, y un duque de Frias fue el que sostuvo en aquellas Cortes los fueros y los buenos usos y costumbres de estos reinos. Heredero de su gerarquía y de sus blasones en el Estamento á que me honro pertenecer, tendré siempre presente su memoria para defender los derechos de la corona, el Estatuto Real, las libertades públicas y la dignidad de Prócer del reino. Ausente de las Cortes por el honroso cargo de representar á la Reina nuestra Señora doña Isabel II cerca de S. M. el Rey de los franceses, permitan VV. EE. que les ruegue hagan presente al Estamento mis sentimientos de fidelidad á nuestra augusta Reina, y en su minoridad á la esclsa Reina Gobernadora; y mis votos por el acierto de los ilustres Próceres que con tanto miramiento como justicia desempeñan la primera magistratura de la monarquía.

El Estamento acordó se manifestase al Excmo. Sr. duque de Frias haber oido con agrado los sentimientos que expresaba en su anterior esposición.

La comisión de examen de documentos habiendo visto los precedentes por el Excmo. Sr. marques de Miraflores, propone que hallando justificada plenamente su prueba de ser admitido al Estamento definitivamente, y así se acordó.

La misma comisión, en vista de los documentos últimamente presentados por el Excmo. Sr. conde de Montijo y de Miranda, para hacer constar poseer los requisitos prevenidos para ejercer la dignidad de Prócer nato, opina que habiendo justificado plenamente su prueba, debe ser admitido en esta clase; con cuyo dictamen se conformó el Estamento.

Anunciando el Excmo. Sr. presidente que se iba á presentar al Estamento el proyecto de ley sobre la abolición de la exacción conocida con el nombre de voto de Santiago.

El Excmo. Sr. presidente del consejo de ministros subió á la tribuna y dijo: que constante S. M. la Reina Gobernadora en aliviar á los pueblos de las cargas que sufren, por medio de las reformas convenientes que exigen sus necesidades, había dirigido sus benéficas miras sobre la prestación que se exigía con el nombre de voto de Santiago, cuyo origen dudoso y controvertido hacia sus derechos poco sólidos y gravosos, porque de cualquiera modo que se le mirase no podía menos de ser considerada como una contribución desigual, cuyo conocimiento correspondía á las Cortes generales del reino; que antes de reunirse las Cortes, ya el gobierno la había tomado en consideración, y presentando sus trabajos á S. M. los había mandado pasar al consejo de gobierno que mostró conformarse con los principios establecidos en ellos; y últimamente, que habiéndolos pasado al Estamento de señores Procuradores, los habían aprobado con muy ligeras modificaciones que no tocaban á lo sustancial: que el proyecto que presentaba el gobierno procuraba humanar la justicia con la equidad, y con el bien general, teniendo presente que en los productos de esta prestación tenían consignada su subsistencia diferentes personas y el sostenimiento de una casa de beneficencia, se había atendido á hacer una justa compensación: y mas principalmente á extinguir los tribunales privilegiados erigidos para conocer exclusivamente acerca de las contiendas que se suscitaban sobre la exacción ó el pago de esta contribución entre los partícipes y los pueblos gravados con ella, lo que les daba una nota de parcialidad agena de una nación, en que la justicia y la equidad han de ser primeros y principales apoyos de la libertad, remitiendo todos estos negocios á los tribunales ordinarios, y concluida manifestando que el

trabajo del ministerio se había dirigido en la formación de este proyecto, á aliviar á los pueblos que sufrían esta carga, á reintegrar á los que con la abolición de ella van á experimentar una disminución en las rentas con que contaban, y á reformar el abuso introducido con la erección de tribunales privilegiados, dejando al juicio y sabiduría del Estamento decidir si habían logrado acertar. (Leyó el proyecto.)

Concluida la lectura se presentó á la mesa, y el Excmo. Sr. duque de Rivas, de orden del Sr. presidente, preguntó al Estamento si ha de pasarse el proyecto leído á las comisiones reunidas de Gracia y Justicia y Hacienda, y se acordó afirmativamente. A propuesta del mismo señor duque de Rivas acordó el Estamento se imprimiese la sesión del día 3 del actual en que se trató de la exclusión de la corona de España á don Carlos María Isidro de Borbon y su descendencia; y que se dijese al gobierno cuide de hacerla en la imprenta real en el mismo tamaño en que lo está el expediente y dictamen de la comisión sobre este particular.

Anunció el señor presidente que los señores Próceres nombrados para las comisiones ordinarias se sirviesen reunir para proceder al nombramiento de decanos y secretarios de ellas entre los individuos de su seno, conforme á lo prevenido en el artículo 33 del reglamento, y cerró la sesión pública para quedarse en secreta.

ESTAMENTO DE SEÑORES PROCURADORES.

SESION DEL DIA 6 DE SETIEMBRE DE 1834.

Presidencia del señor conde de Almodovar.

Se abrió á las diez y media.

El señor secretario Caballero leyó el acta de la sesión antecedente, y fue aprobada sin discusión.

El señor secretario Gonzalez dió cuenta de que don Alvaro de Navia, Procurador por Oviedo, remite sus poderes y documentos justificativos de su aptitud legal. Pasó á la comisión de poderes.

—De que don José María Ferrer, Procurador por Guipúzcoa, hace presente al Estamento las causas que le han impedido trasladarse á esta capital, reducidas á hallarse en comisiones del Real servicio. Quedó enterado el Estamento.

—De que el señor secretario del Interior remita al Estamento una esposicion del señor marques de Velamazán, Procurador electo por la provincia de Soria. Fue dirigida á la comisión de poderes.

El señor Latorre, como relator de la referida comisión, dió cuenta de haber esta examinado el poder correspondiente al señor don José Camps y Soler, Procurador por las Islas Baleares, así como los documentos justificativos de su aptitud legal, y que habiéndolos hallado conformes, juzga que debe aprobarse. Así se acordó.

El señor Medrano hizo al Estamento la indicación de que se sirviese acordar que todo señor Procurador electo, que en el término de veinte días no se hubiese presentado á desempeñar su encargo, ó alegar causa de su detención, se le considerase excluido de la confianza de sus comitentes, ejecutándose lo mismo con los que fueren nuevamente electos si no lo ejecutaren en el término prescrito por la Real convocatoria: y pidió también que dicha indicación fuese mandada á una comisión.—Manifestó el señor presidente que celebraba que el preopinante se hubiese anticipado en una idea que había concebido semejante á la suya; pues viendo el número de señores Procuradores que aun faltaban presentarse al Estamento, había mandado formar una lista, especificando las causas que habían impedido su presentación, para que el mismo Estamento adoptase las medidas que juzgase oportunas, cuya lista iba á ser leída.—Verificó con efecto su lectura el señor secretario Trueba, resultando de ella haber jurado 114 señores Procuradores: haber renunciado y admitido sus renunciaciones 12; no haberse presentado habiendo espuesto motivos 32; no haber tampoco ejecutado su presentación sin especificar motivos, 6; haber sido reprobados los poderes de ocho; estar pendientes de nueva presentación de documentos dos; haber sido elevados á la dignidad de Próceres dos; y haber fallecido uno.—Se puso á votación si esta lista y la indicación pasarían á la comisión de poderes, y así se aprobó.

Juró y tomó asiento don José de Camps y Soler, Procurador por las Islas Baleares.

Se pasó á la orden del día, que era la discusión sobre la petición de declaración de derechos, y la lectura de los dos proyectos de ley sobre monedas que había quedado en presentar el señor ministro de hacienda.

Este señor ministro pasó á la tribuna y leyó los proyectos siguientes:

Sres. Procuradores del Reino:

Las leyes sobre la moneda española y las disposiciones que permiten circular por el reino la extranjera, exigen una reforma pronta y bien entendida. Es de la mayor necesidad establecer la justa proporción entre el valor intrínseco del oro y de la plata, ejecutándolo con tal acierto que desaparezca la desigualdad que ahora se toca entre ambos metales acuñados: y lo es también señalar el tipo primitivo ó la moneda capital que ha de servir de fundamento en los tratos ó negocios mercantiles, y en todas las transacciones sociales. Será, pues, este el objeto de la primera ley que S. M. la Reina Gobernadora me manda someter al examen y deliberación del Estamento.

La segunda ley impedirá la circulación de la moneda extranjera, despojándola de su valor impositivo, dejándola con el intrínseco ó esencial, y admitiéndola tan solo como pasta, á ejemplo de otras naciones.

Obra es por cierto de suma importancia reformar la legislación monetaria de España, reglamentar las casas de moneda, introduciendo en ellas las mejoras y adelantamientos de las artes y ciencias, determinar los grados de pureza que han de tener los metales preciosos empleados en labores de platería, orfebrería y joyería, prescribir á los fieles contrastes reglas invariables, uniformes y atinadamente combinadas; y establecer, en fin, un sistema que guarde entre todas sus partes el más íntimo enlace y coherencia.

No se oculta al gobierno de S. M. que cualquiera novedad inconsiderada bastaría para acarrearle graves desabrimientos en una materia de suyo delicada, capaz de herir las costumbres y preocupaciones nacionales: pero si las leyes que se proponen y los reglamentos que se formarán llevan consigo el sello de la convicción, de la utilidad, de la conveniencia pública y privada, se admitirán al principio sin repugnancia y se acogerán después con reconocimiento.

Consignadas se hallan en nuestra historia las infinitas vicisitudes que ha experimentado la moneda española, desde la decadencia y ruina del imperio romano hasta nuestros días. Los reyes godos, lejos de esmerarse en conservarla como la habían dejado los dominadores del mundo, la adulteraron escandalosamente, mezclándola con un tercio de liga. Batida con suma rudeza y desaliño, corroída y gastada por la incuria de un pueblo ignorante y bárbaro, continuó así durante los primeros siglos de la restauración, hasta el reinado de Alfonso X. Este príncipe sabio, harto superior á los de su época, no podía olvidar la reforma de la moneda. Así es que fijó en 11 dineros y 4 granos la de plata, labró la de vellón ligándola con aquel metal que con el título de maravedises alfonsíes, sirvió de unidad y tipo á las monedas, y también las acuñó de oro de 23 quilates, 3 granos y medio, inscribiendo su nombre con las armas de Leon y Castilla.

En los reinados sucesivos no dejó de sufrir la moneda frecuentes alteraciones tanto en Castilla como en las coronas de Aragon y Navarra: alteraciones que á veces causaron disturbios, y sentidas quejas de parte de los Procuradores á Cortes; mas al fin se ponía remedio renovando las disposiciones del rey sabio. Tal era el estado de la moneda española cuando las Cortes reunidas en Valladolid el año de 1537 representaron al emperador Carlos V. el enorme perjuicio que ocasionaba al país la escasez de las piezas de oro, atribuyéndolo á que eran de ley muy subida. Hechos pues los ensayos, y oportunas investigaciones, se acordó, que convenia adoptar el grado de 22 quilates para igualar nuestras monedas de oro con las de Italia y Francia, cesando la extracción desde aquel momento.

Con varias formas y denominaciones, pero cometiendo errores muy crasos y funestos, continuaron amonedándose los metales mientras dominó la dinastía austriaca hasta que entró á reinar la augusta casa de Borbon. Entonces permitió el señor don Felipe V, por su real decreto de 1706, que circularsen los lúes de oro y plata al mismo precio de los doblones y reales de á ocho castellanos. Mas como por los años de 1707 y 1708 se fabricase una porción de plata en reales de á dos sencillos, sacando 75 piezas de cada marco en lugar de 67, esta innovación escitó de tal modo la codicia de los habitantes de Buena, que labraron grandes cantidades de moneda francesa de igual ley y á la misma talla para introducirla en el reino.

Denunciado el fraude por el ensayador mayor de Castilla, salió á luz la pragmática de 1709, mandando que dicha moneda extranjera se recibiese según su bondad intrínseca, ó con deducción del derecho de regalia, costas, merinas y liga.

Es de notar que de allí á poco se acuñó en Madrid plata de once dineros, y dos granos de remedio, con volantes y otras máquinas de invención moderna, grabándose una inscripción por el canto en lugar de cordoncillo: descubrimiento, que solo fue conocido en Francia cerca de un siglo después, y que los españoles tienen la gloria de haber puesto en práctica, aunque por un breve espacio de tiempo.

A pesar de tantos progresos y mejoras durante los reinados de los señores don Felipe V, don Fernando VI y don Carlos III todavía se advierten ciertas imperfecciones que con la mayor urgencia conviene desterrar. Antiguamente el real, pronunciado como suena, era el real de plata que se consideraba la moneda capital del reino, ó la unidad de donde se partía, para componer la agregación binaria de reales de á dos, de á cuatro, y de á ocho. Pero aquella misma unidad monetaria se dividió en provincial y nacional, á principios del siglo pasado. El Real de plata provincial constaba de subdivisiones, y su valor intrínseco era de diez dineros: el real de plata columnario correspondía á la ley de 11 dineros, como los pesos y medios pesos fuertes. De aquí nace que al dar aumento á nuestra moneda la real pragmática de 16 de mayo de 1737, fijó en 20 rs. de vn. el peso ó escudo grueso de plata, que hasta entonces valía 18 rs. 28 mrs. de vn.: así como se mandó que el medio peso ó escudo se estime y corra por 10 rs. ó 85 cuartos: la pieza de á 2 rs. de su misma especie por 5 rs. de vn., ó 42 cuartos y medio, y con igual proporción las monedas subalternas. Se ordenó también que la pieza de dos rs. de plata provincial tuviese el valor de 4 rs. vn. justos, ó 34 cuartos, en lugar de los 32 que estaban prefijados, el real de plata de su especie 17 cuartos en vez de 16, y el medio real de plata 8 cuartos y medio ó 34 mrs.

Parece, pues, natural acercarse á esta división binaria por mas cómoda y fácil, ya que no sea dado adoptarla de todo punto, ni menos establecer en el día el sistema decimal: conviene también que desaparezca la diferencia entre la bondad intrínseca de la plata provincial y la nacional, labrándola de una misma ley, según se manifiesta en el proyecto que tengo el honor de presentar al Estamento; y conviene, por último, fijar el peso del real en 27 granos 18/170 avos, tomando esta base para que sirva de unidad y se ajuste á los 4608 granos que siempre han constituido el marco de Castilla. Entonces el antiguo real de á ocho de plata nacional, representará con exactitud veinte veces la unidad monetaria, y diez veces el medio peso fuerte: y para no tropezar con fracciones embarazosas ó mal combinadas, quedarán abolidas las piezas de cinco rs. de vellón y las subalternas que de ellas se derivan, descendiendo inmediatamente desde el medio peso á la peseta y media peseta, hasta encontrar la moneda capital. Esta última será representada en adelante por ocho piezas de cobre que constituirán la suma de treinta y dos maravedis, en lugar de treinta y cuatro; con lo cual se evitarán los quebrados, apenas se ocasionará perjuicio á la gente adinerada, y resultarán favorecidos los pobres en sus pequeños cambios ó negociaciones.

Calculada equivocadamente la proporción entre el valor nominal ó monetario del oro y de la plata, por el Real decreto de 8 de febrero y pragmática de 28 de marzo de 1786, se hizo ya imposible retener en la circulación del reino la suficiente cantidad de pesos fuertes para el tráfico interior, porque su extracción ofrecía seis y medio por ciento de ganancia, al paso que estimulaba la introducción del oro. Mas tratándose ahora de restablecer el equilibrio entre ambos metales acuñados, se

ocurren dos medios que tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Seria el uno aumentar ó disminuir el peso de los cuerpos de moneda sin modificar su ley: y el otro subir ó bajar esta sin alterar el peso. Cuando en 1786 determinaron los gobiernos de España y Francia á crear el valor del oro, llevando el designio de impedir su exportación para Inglaterra, cada uno tomó rumbo distinto. La Francia acrecer el peso de sus monedas, sin tocar á su ley, pero conservando el valor nominal: la España bajó la ley de las monedas de oro, sin alterar su peso y valor.

Hé aquí trazado el camino que actualmente debemos seguir para el arreglo y nivelación de las monedas de plata. No se pretende causar en ellas una alteración sensible, trascendental y funesta; solamente se quiere hacer una ligera y benéfica modificación que de ninguna manera influirá en las transacciones comunes, porque todavía se recuerdan á nuestra memoria los errores cometidos durante el reinado de los Felipes. En aquella época deplorable se discurrió el ridículo y fatal arbitrio de duplicar el valor de las monedas de cobre para sacar de apuros al Real Erario, sin aperebirse los empiricos del siglo XVII que se provocaba la falsificación, y que no era ese el modo de curar las heridas llagas que llevaron la monarquía á la mas espantosa decadencia.

El derecho de 120 reales que temporalmente se impone al marco de oro por regalia y costas, atajará su exportación y servirá de incentivo, para que se prefiera la introducción de la plata en barras, mientras el reino se provee de este metal, como instrumento necesario para los tratos y negocios, ó tal vez como el único que ordinariamente se emplea en las cosas permutables, pues que el oro desempeña tan solo el oficio de suplirle y representarle. Conviene advertir de paso que el gobierno inglés no exige derecho alguno por la fabricación de sus monedas: de donde nace que todas las que estan cabales de peso desaparecen al punto de la circulación, quedando las piezas faltas, desgastadas ó viejas.

De aquí se deduce naturalmente que de ninguna manera seria acertado subir la ley del oro: ya porque aparece imposible ajustarla á la de la plata, sin que resulte una fracción no despreciable; y ya también porque la rebaja de su bondad intrínseca se presenta mucho mas facil y suministra al gobierno prontos recursos para sufragar los gastos de refundición.

Sentado el principio de igualar comparativamente la ley de la plata con la del oro, bastará reducir aquella á diez dineros y doce granos, en lugar de los 10 dineros y 20 granos que ahora tiene, y entonces corresponderá con exactitud á los 21 quilates del oro amonedado. Si se conserva, pues, á la de plata el mismo peso, los mismos cuerpos de moneda que señala el proyecto de ley, y su valor nominal será el de su marco, según lo es hoy día, de 170 reales vellón. Y aunque el derecho de señoreaje y costas se fija en siete reales y medio, andando el tiempo se podrá rebajar á seis reales, apenas se arregle la administración de las casas de moneda y se recoja y refunda la que actualmente existe en circulación.

Al modo que se limita la fabricación de las monedas de nuevo cuño al peso, medio peso, peseta, media peseta y real, así también se reducen las de oro á la onza, media onza y doblon. Se omite el escudo de dos pesos fuertes y el veinten ó escudillo, por conocerse la dificultad de labrarlos con el precioso invento de la virola, porque son fáciles de perder atendida su pequeñez, y porque se juzgan muy poco útiles para los usos de la vida civil. El gobierno de S. M. se inclinaba á suprimir la acuñación de las onzas de oro, recelando que su corto espesor no podría resistir el método de grabarlas de un solo golpe por el anverso, reverso y canto, y advirtiéndole asimismo que las naciones sabias ya no baten monedas de oro de tanto diámetro y valor. Pero esta idea, y la de introducir el sistema decimal en las monedas, pesos y medidas, se quedarán todavía largo tiempo entre las esperanzas y bienes de eados.

Tales son, señores, las disposiciones mas importantes del proyecto de ley sobre el arreglo del sistema necesario de la península é islas adyacentes, y tales las reflexiones con que el gobierno de S. M. ha creído necesario apoyarle y defenderle. Ahora pasará á dar cuenta de los motivos que le inducen á proponer la abolición de la tarifa del 13 de abril de 1823.

Llamábase junta provisional de España é Indias la que espidió con aquella fecha desde Tolosa de Guipúzcoa, un decreto mandando que por entonces, y hasta que con presencia de mejores datos se resolviese otra cosa, se admita y corra la moneda francesa de oro y plata por el valor demarcado en la tarifa que se acompañaba. Parece que la administración militar de las tropas invasoras la forjó; y no se sabe qué debe causarnos mayor sorpresa, si la ignorancia de los autores de la tarifa, ó la docilidad de la junta en aprobarla. Como quiera que fuese, no se descubre aquí sino una disposición esencialmente transitoria y revocable que los ministros posteriores estaban obligados á derogar con toda la urgencia que exigian los intereses del país. Pero desgraciadamente no ha sucedido así, y al cabo de diez años bien cumplidos, se trata ahora de atajar males de suma trascendencia y de aplicar pronto remedio á los perjuicios que se tocan por experiencia.

Cuando el 13 de abril de 1823 se reconocieron en la península, según su valor intrínseco ó impositivo, las monedas francesas de plata y oro, quedó en el acto mismo despojado el monarca de una prerrogativa que constituye el principal atributo de la soberanía. Admitirlas á circulación, pagando los españoles el derecho de regalia y braceage, equivale á renunciar aquel privilegio, pues que se encargaban los franceses de acuñar moneda suya para nuestro uso, con escándalo de la razón y el buen sentido. Así se vieron agolparse cantidades inmensas en escudos de cinco francos, estendarse por el reino, reemplazar los pesos fuertes que se escapaban de nuestras manos buscando mayores utilidades, y prepararse de este modo una crisis mas violenta, cuanto mas se tarde en atajar la inundación de la moneda extranjera. Nada importaría que corriese por su valor intrínseco ó peso legal, deducido el desgaste, porque al fin era recibida en el comercio como pasta, á la manera que lo son nuestros pesos fuertes cuando emigran del país. El mal está en haber dado á la moneda francesa un valor mas alto del que debía tener, y serian ciertamente muy grandes las pérdidas que podría ocasionar la revocación de la tarifa, si no se concediese un plazo bastante amplio para establecerla libremente, y si con anticipación no se restabliese el equilibrio entre nuestras monedas de oro y plata por medio del proyecto de ley que antecede. Disminuidos los grados de pureza de esta última, aparecerá menor el quebranto que han de sufrir en su valor intrínseco las piezas de 5 francos; pero si al arreglo de nuestra moneda se atiende á la medida de la rebaja que la plata, aumentados de cinco dineros y doce granos, reduce á la ley de 21 quilates, y si se atiende á la pérdida que la moneda de oro, bajada á la ley de 10 dineros y 12 granos, sufre al compararse con la de la plata, se verá que el perjuicio que se ocasiona al comercio por la falsificación, y que no era ese el modo de curar las heridas llagas que llevaron la monarquía á la mas espantosa decadencia.

Art. 7.º Los secretarios del despacho de lo Interior y del de Hacienda quedan autorizados para dictar las providencias necesarias al cumplimiento y observancia de cuanto en esta ley se contiene.—Madrid 29 de agosto de 1834.

Proyecto de ley sobre el arreglo del sistema monetario en España é Islas adyacentes.

DISPOSICION GENERAL.

El tipo primitivo ó moneda capital que se usará de aquí adelante en todos los dominios de España é Islas adyacentes será el *real*, conocido hasta el día bajo la denominación especial de *real de vellón*, el cual se llamará en lo sucesivo simplemente *real*, y consistirá en veinte y siete granos y diez y ocho ciento setenta avos de plata, á la ley de diez dineros y medio de fino; por manera que ciento setenta reales deberán pesar un marco de Castilla de cuatro mil seiscientos y ocho granos.

El *real* se subdividirá en ocho cuartos, y el cuarto en cuatro maravedises, por manera que tendrá treinta y dos de estos últimos, el lugar de los treinta y cuatro que hoy tiene.

TITULO I.

De la labor de las monedas.

Artículo 1.º Las monedas de plata que se han de labrar en las casas de moneda del reino son:

1.º El *peso* llamado fuerte ó *real* de á ocho reales de plata, el cual se llamará en lo sucesivo para y simplemente *peso*, y cuyo valor será de veinte reales.

2.º El *medio peso*, que reemplazará al conocido hasta el presente bajo el nombre de *real* de á cuatro reales de plata, y cuyo valor será de diez reales.

3.º La *peseta*, ó quinta parte del *peso*, que sustituirá á la que hoy se denomina *peseta provincial* ó *real* de á dos reales de plata provinciales, cuyo valor será de cuatro reales.

4.º La *media peseta*, ó décima parte del *peso*, conocida por el nombre de *real* de plata provincial, cuyo valor será de dos reales.

5.º El *real*, ó vigésima parte del *peso*, sustituido al *medio real* de plata provincial ó *real* de vellón.

Art. 2.º La ley de todas estas monedas será la de diez dineros y medio de fino, arriba designada, ó de veinte y una parte de plata fina y tres de liga.

Art. 3.º Su talla y su peso serán las siguientes:

1.º El *peso* estará á la talla de ocho y medio al marco de Castilla, y por consiguiente deberá pesar quinientos cuarenta y dos granos y dos dies y siete avos.

2.º El *medio peso* á la talla de diez y siete al marco, deberá pesar doscientos setenta y un granos y un diez y siete avos.

3.º La *peseta* ó quinta parte del *peso* á la talla de cuarenta y dos y medio al marco, deberá pesar ciento y ocho granos y setenta y dos ciento setenta avos.

4.º La *media peseta* ó décima parte del *peso* á la talla de ochenta y cinco al marco, deberá pesar cincuenta y cuatro granos y treinta y seis ciento setenta avos.

5.º El *real* á la talla de ciento setenta al marco, deberá pesar veinte y siete granos y diez y ocho ciento setenta avos.

Art. 4.º El permiso de la ley para la moneda de plata no podrá pasar, así en feble como en fuerte, de un grano y un octavo de fino; por consiguiente no se permitirá la circulación de esta moneda siempre que baje de diez dineros diez granos y siete octavos, ó que pase de diez dineros trece granos y un octavo.

Art. 5.º El permiso del *peso* para esta misma moneda será como sigue:

1.º Grano y medio de mas ó de menos para cada *peso* y tres cuartos de grano en iguales términos para cada *medio peso*, lo que da doce granos y un cuarto por marco.

2.º Tres cuartos de grano de mas ó de menos para cada *peseta* ó quinta parte del *peso*, lo que da veinte y cuatro granos y tres octavos por marco.

3.º Medio grano de mas ó de menos, así para cada *media peseta* como para cada *real*, lo que da treinta y dos granos y medio por marco de *peso* de *medias pesetas*, y setenta y cinco por marco de *peso* de *reales*.

Art. 6.º Se labrarán monedas de oro de las tres clases siguientes:

1.º De diez y seis *pesos* ó trescientos veinte *reales*, conocidas hoy con los nombres de *doblon* de á ocho y onza de oro.

2.º De ocho *pesos* ó ciento setenta *reales*, llamadas *doblon* de á cuatro ó *media onza*.

3.º De cuatro *pesos* ó ochenta *reales*, denominadas *doblon* de á dos ó *doblon* de oro.

Art. 7.º La ley de las monedas de oro será de veinte y un quilates ó veinte y una parte de oro fino y tres de liga. Los *doblones* de á ocho serán á la talla de ocho y medio al marco, y por consiguiente deberá pesar cada uno quinientos cuarenta y dos granos y dos diez y siete avos; los *doblones* de á cuatro, á la talla de diez y siete al marco deberán pesar doscientos setenta y un granos y un diez y siete avo cada uno, y los *doblones* de á dos á la talla de treinta y cuatro al marco, deberán pesar cada uno ciento treinta y cinco granos y nueve diez y siete avos.

Art. 8.º El permiso de la ley de las monedas de oro será de dos octavos de grano de fino ó dos treinta y dos avos de quilate, así de mas como de menos; y no se permitirá

la circulación de esta moneda que la ley baje de veinte quilates tres granos y seis octavos, ó pase de veinte y un quilates dos octavos de grano.

Art. 9.º El permiso para el *peso* de estas mismas monedas se fija en grano y medio para cada *doblon* de á ocho, así de mas como de menos; tres cuartos de grano para cada *doblon* de á cuatro, y tres octavos de grano para cada *doblon* de á dos, lo que da doce granos y tres cuartos por marco.

Art. 10. Se labrarán también piezas de cobre del valor de dos cuartos, de uno y de un octavo: una ley especial arreglará el *peso* y el permiso para cada una de estas monedas.

Art. 11. Otra ley especial determinará igualmente el diámetro y el tipo de las diferentes monedas de plata, de oro y de cobre.

TITULO II.

Derecho de señoreage y braceage.

Art. 12. De todas las materias presentadas á cambio en las casas de moneda, se cobrará ó se deducirá de su valor monetario, un derecho de señoreage y braceage, tanto para subvenir á los gastos reales y materiales de la labor de las monedas como para atender á los de administración y de inspección bien así como á los de refundición.

Art. 13. El derecho de señoreage y braceage que se cobrará de las materias de plata será de siete reales y medio por marco á la ley monetaria; y el de las materias de oro, será de ciento veinte reales por marco á la misma ley.

Art. 14. Los gastos de afinación de las materias de una ley inferior á la ley monetaria, así como los de las que contengan oro y plata mezclados, se satisfarán por los que presenten dichas materias á cambio.

Art. 15. Se formarán tarifas del valor neto é intrínseco de las materias de oro y plata presentadas á cambio en las casas de moneda, según su ley, así como del de las obras de platería, orfebrería y joyería, y del de las monedas extranjeras; estas tarifas deberán estar fijas en la oficina de cambio de dichas casas.

TITULO III.

Medida general.

Art. 16. Las monedas de plata, oro y cobre existentes en la actualidad continuarán circulando por el valor que hoy tienen, hasta que se concluya la refundición.

Art. 17. El gobierno de S. M. queda autorizado para organizar la administración de la moneda en los términos que crea mas convenientes á la puntual ejecución de cuanto en esta ley se contiene.

El Sr. secretario Belda leyó el artículo 3.º de la petición que dice: "Ningún español puede ser perseguido, preso, arrestado, ni separado de su domicilio, sino en los casos previstos por la ley, y en la forma que ella prescriba."

El Sr. Gonzalez.—Voy á considerar, señores, este artículo 3.º de la petición como derecho y como garantía, haciéndome cargo despues de considerarse por el lazo de su oportunidad. Nadie ha podido dudar hasta ahora, que la seguridad personal es un derecho indisputable que se debe siempre respetar. Cuando el hombre ha hecho el sacrificio de depositar en el seno de la sociedad una parte de la libertad que tenía en su primitivo origen, no lo ha podido hacer sin esperar ciertas ventajas en recompensa del dicho sacrificio: así es que era necesario que dicha libertad fuese protegida por las mismas leyes de la sociedad como consecuencia de la cesion que se la hizo. Si el hombre no pudiera contar con esta seguridad, viviría incómodo, zozobroso, y sin tranquilidad; y la garantía de su seguridad personal depende de la idea que tiene de que el individuo no puede atacarla. Cuando por el contrario, las leyes le inspiran bastante confianza para juzgar que su tranquilidad no se halla espuesta á los ataques de la autoridad, se entrega pacífica y sosegadamente á todas las ocupaciones que le producen su bienestar. Son tan claros estos principios que no me atrevo á molestar por mas tiempo al Estamento con su manifestación. Me haré cargo ahora de si es ó no oportuna la doctrina del artículo. Se ha dicho que las circunstancias actuales no son á propósito para declarar estos principios, y yo digo que lo son mas que nunca. A fin de probar esta verdad, espondré al Estamento algunos hechos históricos. Cuando en la nación inglesa se estableció en 1675 el acta famosa del *habeas corpus*, se suspendieron todos los efectos de la anarquía que habia tenido principio en la revolucion de 1640, y despues de establecida esta acta, por la cual se concedió la seguridad individual á los ingleses, tuvo lugar en 1689, la declaración del famoso *bill of rights*, lo que se verificó despues de haber acontecido un trastorno político en la nación; sin que hasta ahora haya habido nadie que haya dicho que esto causase perjuicio á aquel país. En las mismas circunstancias creo que se halla la nación española, despues del cambio feliz que ha experimentado, á la cual deben concederse estos derechos, contando siempre con la seguridad de que esto no producirá malos resultados en la nación.

Si de la historia inglesa pasamos á los acontecimientos modernos de Francia, veremos que en la carta dada por Luis XVIII en 1814, se establecieron tambien estos principios sin que produjesen inconvenientes; y si posteriormente han tenido lugar algunos desórdenes que han podido alterar la tranquilidad de aquel país, por ellos no debe arguirse contra los principios de que tratamos; pues otras causas conocidas y posteriores á la muerte de Luis XVIII contribuyeron á alterar la tranquilidad pública de la Francia. Pero sin necesidad de mendigar hechos ni ejemplos extranjeros, los hallaremos en nuestra propia historia, la cual nos los presenta clásicos y evidentes. Nadie, medianamente instruido en nuestra historia, ignora los acontecimientos que tuvieron lugar en tiempo de Fernando el IV llamado el Emplazado, y Alfonso el Justiciero, los cuales pusieron á la nación en el mayor estado de anarquía, que solo cesó con la muerte de sus dos tíos don Juan y don Pedro que fallecieron en las guerras de Granada por los años de 1219; pero habiéndose escitado nuevos partidos por la muerte de estos, solo quedó Es-



La Ab...

ella, la A...
saciones co...
tencia, aho...
bo un tiem...
ta, porqu...
ministerio...
tas dudas...
gobierno e...
mayoría e...
mundo: u...
de empate...
de un min...
ces ha rep...
negocios si...
ble de todo...

No es...
tarias, co...
achado a...
ayr, de to...
pronta en...
de no hace...
produce ge...
esto que...
tas y segun...
dra gobern...
lir de la l...
manos el...
el abismo...
ligos en q...
No con...
ha abando...

portantes...
siones de...
cienda por...
últimos a...
jime discuten...
Interior, y...
cuestion d...
banco del...
teresados...
que somos...
tivo? ¿Es...
los son pr...
no asiste...
za con la...
tes en cap...

El re...
—El din...
4 por 100...
biera pod...
embarazo...
neda, y l...
curiosidad...
porque se...
—Hoy en...
agosto de...
Idem...
mente de...
Vourla h...
el puerto...
inchoa e...
en Suirre...
aclarar en...
—Han ll...
julio: tra...
obstinado...
había der...
ciales ha...
18; en s...
caus. (...

El p...
trae la n...
dónde se...

paña con tranquilidad cuando Alfonso XI tomó las riendas del gobierno, habiendo aun asimismo durado por dos años el estado de desorden. Pues en ese mismo tiempo se dió una ley por la que se mandaba que no se pudiese perseguir, matar, prender ni quitar los bienes á ningún español. ¿Hubo acaso ocasión para haber concebido temores de la concesion de la seguridad individual? Pues lejos de haberse está coartado, se restableció esta ley en el año de 1329 en las Cortes de Madrid, (si no me equivoco), que fue despues confirmada por Enrique II; mandándose que no valiese ninguna carta del rey contra derecho, ley ó fuero usado. Con estos ejemplos juzgo que queda demostrado que no solo no es perjudicial la declaración del derecho que discutimos, sino que es muy conveniente. Insisten algunos señores Procuradores en que la declaración de estos principios podría ser nociva, atendido el estado en que se hallan algunas provincias de la monarquía, mas ya se ha respondido á esto varias veces que en caso de que hubiese necesidad, el Estamento prestaría al gobierno toda la fuerza que hubiese menester, pues jamás podría el Estamento querer que los enemigos del orden y de las instituciones que nos rigen, tuviesen armas con que combatirlos; y en esto estaría de acuerdo con el gobierno para que se acudiese al fin indicado. Todavía podría alegarse otra razon en abono de la declaración de estos principios. Cuando el rey D. Fernando VII vino de Francia y se presentó en España, mal aconsejado y prevenido contra todo lo que se había hecho en las Cortes de Cadiz, ordenó que quedase sin efecto todo lo ejecutado por las mismas Cortes, mas aun entonces mismo juzgó que no debían los españoles ser despojados de este derecho, y por esta razon vimos que en el decreto de 4 de mayo se estableció como principio la existencia del referido derecho, acompañado de la libertad civil, y aun de la de imprenta, que tambien el citado decreto se prometía. Si, pues, se ha conocido que era tan importante este derecho, y en circunstancias en que se hallaba la nacion violentamente conmovida, creo que en el dia, en que su situacion es mas afortunada, no debe el referido derecho dejar de establecerse. Por todas estas razones juzgo útil el artículo, y suplico al Estamento que le apruebe como se halla en la peticion.

El señor Latorre halló que la aprobacion del artículo podía tener, segun su opinion, desastrosas consecuencias, fundándose en que como los delitos no pueden ser fijos, ni aplicarse por consiguiente á ellos leyes igualmente fijas, y que pudiesen prevenir todas las circunstancias particulares, se verian muchas autoridades embarazadas en su ejecucion, principalmente los alcaldes de los pueblos hasta por el modo con que los habitantes de estos suelen entender ó interpretar semejantes medidas. Y terminó diciendo que juzgaba oportuno que se suprimiese dicho artículo, al cual se oponia.

El señor Lopez del Baño principió conviniendo en que era necesario establecer una ley que con el caracter de fundamental (para que no pueda otra debilitarla ó alterarla) ofreciera garantías á los individuos contra los abusos del poder; mas dijo, que era necesario tambien que dicha ley fuese de tal manera establecida que no proporcionase iguales garantías á los enemigos del orden público, que en circunstancias como las actuales podian minar el edificio con tal perspicacia que en ciertas ocasiones ni es fácil clasificar sus operaciones, ni la gravedad del delito. Y para evitar esto propuso que al artículo se diese una nueva redaccion que manifestase que ningún español podrá ser perseguido, preso, arrestado ni separado de su domicilio, sin que preceda informacion sumaria, y causa por donde aparezca que deba ser castigado con pena corporal; pero que si en circunstancias extraordinarias lo exigiese el bien del estado, podrá el gobierno suspender las formalidades con consentimiento de las Cortes estando reunidas, ó dando cuenta si nó cuando se reunieren, de las razones que tuvo para suspender tal derecho.

El señor Medrano consideró redundante este artículo 3.º por juzgar su doctrina inclusa en la del 1.º, pero dijo que sino era de esta opinion el Estamento, debería hacerse variacion en cuanto al adjetivo *perseguido*, y que convendria tambien usar del futuro en vez del presente: porque solo se estaba estableciendo una base, y solo se trata del modo de desenvolverla; que ademas debía hacerse así porque la experiencia le había demostrado que en los pueblos bastaba solo ver impresa una ley en el Diario de la administracion, aunque no fuese comunicada por la autoridad competente para juzgarla en vigor; y citó como ejemplo la Ordenanza de montes que, por haberla visto inserta en dicho Diario, comenzaron sin mas ni mas los habitantes de algunas poblaciones á arrasar montes enteros; de suerte que tuvieron que acudir á él, y se vió precisado á hacerles entender que dicha ley no podia comenzar á regir mientras así no se declarase por el debido conducto.

(Se concluirá.)

TODO POR EL PUEBLO: NADA CON EL PUEBLO.

Muchos nos engañamos si esta máxima no abraza los dos extremos, en que segun las señas hacen consentir el *justo medio* tan decantado por los políticos del día; pero lo que es innegable es, que observada con rigor por los que ejercen el poder supremo, llena todo lo que puede solicitar el patriota mas acérrimo, y evita los desórdenes populares que tanto dan que temer á unos con razon y otros sin ella.

Hacer todo por el pueblo, es cumplir la obligacion que tiene el gobierno de proporcionar la felicidad posible á sus gobernados: es administrarles justicia con rectitud é igualdad: es dejarles toda la libertad para el bien, y evitar que se extravien por la senda del mal, ya perjudicando á otro, ya al todo de la sociedad en que viven: es en fin, gobernar como padre y no como despota, mandar obedeciendo á las leyes, y no á los caprichos ni á las personas.

Notable es la segunda parte de esta máxima: *nada con el pueblo*: esto es enseñar á contenerle en los límites de la justa obediencia, para que nada haga por sí mismo, pues como dijo uno de nuestros mejores políticos, el pueblo es un monstruo que careciendo de una cabeza para pensar, tiene millares de manos para destruir. Gigante en las fuerzas y niño en las ideas y caprichos, toda clase de malvados se vale de él contra él mismo: le engaña con toda facilidad, porque jamás calcula ni apenas conoce su verdadero interes; le alucina con falsas luces porque tiene muy poca vista, y en fin se le da el impulso hácia la derecha para luego traerle á la izquierda, porque tal es su simplicidad que nunca mira sino á lo presente, careciendo de memoria para recordar lo pasado, y de penetracion para ver lo futuro.

Leyendo esta pintura no tememos se nos acuse de partidarios de la democracia; nada es mas contrario á nuestras ideas; pero al mismo tiempo que formamos el retrato del público, no podemos menos de recordar que él compone la nacion, pues la primera de las divisiones que de las naciones puede hacerse es en dos clases: los que las gobiernan y los que obedecen. Infierese de esto que al exigir la obediencia de esta masa general, no se puede prescindir del derecho que tiene á ser mandado en términos que se le haga feliz. Así la seguridad personal; la igualdad legal, y todos los grandes principios que señalan los publicistas existen en la naturaleza de las cosas, aunque no se hallen escritos.

En este derecho que tiene el pueblo á que se le dirija á su felicidad, se funda otro de que nadie le puede privar y es el de examinar los actos de los que le gobiernan, y mostrar su aprobacion ó descontento, sus esperanzas ó sus temores. Mientras hace esto sin dejar de obedecer, no es reprehensible, porque ese pueblo se compone de hombres dotados de la facultad de pensar, y nadie puede culparle que use de la facultad que le dió el Criador. Si lo hace con asonadas, regularmente encuentra mas daño que provecho: entonces destruye mas que edifica, ¿pero cuántas y cuántas veces sus extravíos nacen de una raíz que si jamás merece elogio, no siempre es tan criminal como parece?

Dijose con razon en el senado romano que á todos los males públicos se aplicaba el remedio luego que se manifestaban, que el mal de las asonadas y revueltas debía prevenirse con anticipacion, pues una vez sucedido, apenas podia ya remediarse. Puesto el gobierno justo y benéfico, debe cortar la llegada de este mal, no precisamente con el terror y la fuerza armada, sino con las providencias que atajen el descontento, primer síntoma de las asonadas, con medidas que quiten á los malvados la esperanza de alucinar al pueblo, y con obras que acrediten que sus esperanzas no son ilusorias. Es preciso conocer que la esperanza cuyo cumplimiento mas y mas se dilata, en términos que casi llega á preverse que no se ha de ver, no solo alije el ánimo, sino que crea la impaciencia, y pintando la imaginacion los bienes esperados, mayores tal vez de lo que fueran conseguidos, arrebató al hombre y le hace buscar á toda costa lo que esperaba y no se le cumple.

Estas son las reflexiones que nos ocurrieron al leer el severo bando que se publicó en el diario de avisos para contener cualquier desorden que pudiera ocurrir con motivo de la ejecucion de la sentencia que iba á ejecutarse. Providencias fueron sin duda muy oportunas: jamás las criticaremos, pues ya hemos dicho que la obediencia es el primero de los deberes, y que la ley nunca debe quedar desairada. Pero ¿cuál fue el motivo que dictó unas medidas extraordinarias? Sin duda la noticia que tendria las autoridades de que aquella sentencia halló algunos censores. ¿En este caso seria la censura hija de la conformidad de ideas entre las que manifestó el reo al ejecutar el crimen, y las de los que censuraban la pena? No puede ser esto. El pueblo de Madrid en general ha manifestado que mira con horror aquel desorden, obra de muy pocos: los periodistas, que procuran siempre ser órganos de la opinion pública, han clamado porque se castigue y se evite se repita. El descontento, digámoslo de una vez, la desaprobacion no nació á nuestro parecer de que se alabase tácitamente el delito, previno sí de ver que no se hace igual pronta justicia con otros delinquentes como debiera. Cada dia se descubren nuevas ramificaciones de la faccion parricida, de esa faccion enemiga del trono de Isabel, de la nacion, y de todo lo bueno; se anuncian prisiones, se forman causas... ¿y los resultados? Esos no se ven, y la impunidad suponemos que sea aparente, la impunidad que se nota, dá nuevas alas á los carlistas, creen que se les teme porque no se les castiga tan pronta y ejecutivamente como seria de desear: la idea de su preponderancia imaginaria, les proporciona deslumbrar á muchos de ese pueblo que

sabe obrar y no ver: las facciones progresan, los males perpetuan, el desaliento sucede á la impaciencia, y de un diluvio de males futuros y un caos de oscuridad dormida aguardaba la luz mas duradera y brillante.

Permitanos el gobierno que sin salir los límites del peto le advirtamos lo trascendental que es la lentitud se observa en los procedimientos contra un partido criminal, y que resalta mas cuando se castiga, aunque con justicia á los que no pertenecen á él. De intento decimos que no pertenecen á él, pues jamás calificamos con el hermoso nombre de liberales á los que de cualquier modo lanzan las leyes de la obediencia, y saltan la barrera lanzados en una arena donde no se puede luchar sin faltar respeto debido al trono y á la ley.

Ni alcanzamos de que pueda nacer tanta lentitud unas causas y tanta actividad en otras; pero sea cual fuer el motivo, el gobierno está obligado á vencerle é igualar la lanza. ¿Está la detencion en los jueces? Remuévalos y sugetos sabios y patriotas acreditados, que por dicha no tan. ¿Consiste en los procedimientos judiciales, que son lentos y embarazosos? Corrijanse esos mismos procedimientos y déjese espedito el camino de la justicia. Los delitos de partido carlista son enormes, son los mayores, pues se dirigen contra la Reina, que es el objeto de nuestra veneracion contra su augusta Madre, á quien apelidamos gloria y suelo de la patria, contra toda la real familia, contra la nacion en general? Y unos crímenes tan enormes no hallan el castigo que encuentran otros?

Cajon de sastre.

—Pero señor, ¿se han muerto los señores Procuradores que quedaban cuidando de su preciosa salud en Martorel? —Se ha disputado mucho sobre si el *cólera* acomete más á los ministeriales ó á los de la oposicion.

Tenemos noticias muy importantes de Navarra. —El dia 7 el pretendiente huyó á — el 8 huyó á — el 9 huyó á — El 10 estaba Rodil al punto de pescarle. — El 11 no cabía duda que le pescaba. — El 12 ya estaba seguro, y el 13 ¿pescó? no; huyó.

La celebrísima *Abeja* dice, que la verdadera libertad consiste en estar uno atado, y que la libertad de imprenta depende en poder un papel ministerial decir desverguenzas á los que no lo son.

El ingenioso Clementinofilo, cuyo nombre se ha hecho célebre en Madrid, ha estado muy malo últimamente; no sabe si ha sido efecto de un gran sofocón que tuvo por algo desde de Clementina, ó porque se llegó á figurar que Asmodeo le había olvidado. — ¡Olvidar á Clementinofilo! ¡imposible!

—Se asegura que el emjambre de la *Abeja* se crió á la sombra del *Santon*, y ¿quién es el *Santon*? — Yo que se. — So lo me han dicho que en otro tiempo se anunció como padre de la *Inocencia Perseguida*.

—En tratándose de partidos políticos, ¿quién es el hombre mas consecuente? El que los trata á todos igualmente.

—Los derechos fundamentales han dicho los señores ministros son verdades *inconcusas*. — Mire vmd., y sin embargo, los han impugnado como si fuesen mentiras garrafales.

—En punto á equivocaciones la mayor es seguramente el equivocarse en que otro se haya equivocado.

—¿Quién es el verdadero español? — Difícil seria hallar una solucion al problema. — Lo es el liberal, el despota ilustrado (sabe vmd. la contradiccion del término) el carlista y el afrancesado, todos se llaman el *verdadero español*, toca al público escoger el que mas le agrade.

—¿Pues no es una fatalidad que no haya yo visto todavía un hombre que jamás tuvo dos cuartos, que no me hable de sus *sacrificios* por la patria!

—Todo el mundo se queja de su falta de memoria, ¡cuando encontraremos uno solo que se queje de su falta de entendimiento!

—La Gaceta nos anuncia que don Carlos se ha metido en una cueva, pero no dice si es la cueva de Montesinos. *Abeja*filo.

Espectáculos.

TEATRO DE LA CRUZ. A las siete y media de la noche *Parisina d'Este*, ópera en tres actos del maestro Donizetti.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las siete y media de la noche se dará principio con una sinfonia: en seguida se pondrá en escena la tragedia en cinco actos titulada *Maria Stuarda*: baile nacional y el sainete titulado: *El Letrado desengañado*.

Este periódico se suscribe en Madrid en el despacho principal del *Observador*, calle del Principe, núm. 5 y 6, esquina á la de la Visitacion, en la librería de viuda de Cruz, frente á las gradas de San Felipe, de Orea calle de la Montera, y en la de Sanz calle de Carretas.
En las provincias en las librerías de *Pferrer*, Barcelona; *Hortal*, Cádiz; *Ferris*, Valencia; *Hidalgo*, Sevilla; *García*, Bilbao; *Sanz*, Granada; *Calvete*, Coruña; *Hernández*, Murcia; *Rey Romero*, San-Yago; *Blanco*, Salamanca; *Arnaiz*, Burgos; *Longas*, Pamplona; *Riesgo*, Santander; *Pis*, Plasencia; *Berard*, Córdoba; *Cerceda*, Jaen; *Hernández*, Toledo; *Correas*, Málaga; *Rodríguez*, Valladolid; *Yagües*, Zaragoza; *Riera*, Reus; *Pazos*, Orense; *Bueno*, Jerez; *Guspi*, Palma; *Viuda de Carrillo*, Badajoz; *Benedicto*, Cartagena; *Baluart*, Gerona; *Lafita*, Barbastro; *Longoria*, Oviedo; *Lopez y Sol*, calle de la Botica, en Huelva; *Algeciras*, don Antonio Sierra. En *Manzanarez*, en la secretaría de ayuntamiento a cargo de don Francisco García. En Cáceres, casa de don Manuel Segura. *Carriata*, Alicante; *Casasnovas*, Cervera; *Fernández*, Leon; *Corominas*, Lérida; *Puyol*, Lugo; *Agelou*, Reus; *Pérez Rija*, Soria; *Verdaguer*, Tarragona; *Puigribí*, Tortosa.